

Entre la “revolución” y la “evolución”. Las movilizaciones del Noventa

Leonardo D. Hirsch*

(UBA)

Resumen

El trabajo se propone estudiar la crisis política de 1890 con el foco puesto en los lenguajes políticos y las movilizaciones producidas por sectores de la oposición al gobierno de Miguel Juárez Celman en Buenos Aires. En este sentido, se busca analizar las transformaciones que se estaban produciendo en las formas de comprender la acción política.

Palabras Clave: Revolución de 1890 – Unión Cívica – Movilizaciones – Lenguajes Políticos - Positivismo

Summary

This paper analyzes the 1890 political crisis with the focus on both the political languages and the mobilizations produced by the opposition to Miguel Juarez Celman in Buenos Aires. Accordingly, these pages study the transformations that were taking place on the ways in which political action was understood.

Keywords: 1890 Revolution – Unión Cívica – Mobilizations – Political Languages – Positivism

Introducción

La crisis política de 1890 ha sido estudiada con el foco puesto principalmente en su aspecto revolucionario. En este sentido, la Revolución del Parque ha sido ubicada en un marco de continuidad de prácticas, ya sea porque cierra un ciclo de revoluciones porteñas iniciadas en 1852, ya sea porque abre otro ciclo de revoluciones que ponen en cuestión la legitimidad del “orden conservador”.¹ En

* Licenciado en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Integra el proyecto de investigación UBACyT “Estado, Política y Ciudadanía en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX. Prácticas y Representaciones” dirigido por la Dra. Hilda Sabato.

¹ Para el primer tipo de interpretaciones, cfr. Sabato, H. (1990) “La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?”. *Punto de Vista* 39: 27-31 y (2003) “El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)” *Entrepasados* 23: 149-169; Alonso, P. (2000) *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*. Buenos Aires: San Andrés - Sudamericana. Para el segundo tipo de interpretaciones, cfr. Sommi, L. (1957) *La revolución del 90*. Buenos Aires: Ediciones Pueblos de America; Etchepareborda, R. (1966) *La Revolución*

ambos tipos de interpretaciones la cuestión de las elecciones ocupa un lugar central, pero mientras que en el segundo grupo la Revolución de julio de 1890 es leída como el primer paso hacia la democratización del régimen político argentino, el primer grupo de lecturas, por el contrario, sostiene que estuvo vinculada con el viejo reclamo contra el fraude del gobierno y en favor de la libertad de sufragio.

En el presente trabajo, en cambio, decidimos concentrarnos en distintos aspectos de las movilizaciones y los actos políticos pacíficos protagonizadas por la oposición porteña a Miguel Juárez Celman. Esto nos permitirá comprender dos cuestiones. Por un lado, las continuidades y transformaciones que se estaban produciendo en el universo simbólico y los lenguajes políticos. Por el otro, cómo estos últimos construyen material y simbólicamente su contexto y por lo tanto condicionan también las prácticas políticas.² Se verá entonces que la acción armada fue una de las salidas políticas a la crisis, aunque no la única posible y ni siquiera la que se consideraba más legítima.

De la Revolución a la Regeneración

Desde hace un tiempo distintos estudios indagan sobre los sentidos que adquirirían las acciones armadas en política.³ Durante buena parte del siglo XIX, lejos de ser concebida como una práctica incivilizada, el uso de la fuerza era considerado no sólo un derecho sino un deber cívico cuando un gobierno asumía formas despóticas.⁴ En este sentido, se ha sostenido que la noción de “revolución” refería a la restauración de las libertades perdidas y que los protagonistas de los levantamientos de 1874, 1880 y 1890 entendieron su accionar en dicha clave.

Sin embargo, aquellas revoluciones se produjeron al compás de transformaciones -tanto en un plano político-institucional como en un plano simbólico-⁵ que dieron lugar a nuevas formas de entender la política y la sociedad y que, en consecuencia, pusieron también en cuestión la legitimidad y utilidad (o finalidad) de la práctica revolucionaria. Mientras que en 1874 se produjeron movilizaciones abiertamente a favor de la “revolución”⁶ y en 1880 la intensa movilización evitó recurrir al lema revolucionario y consecuentemente la retórica giró hacia la “resistencia”,⁷ en 1890, en cambio, el término “revolución” hizo su aparición en movilizaciones y actos políticos sólo después de los combates. Como se verá, en el Noventa, al menos antes de que se produjera el levantamiento armado, predominó

Argentina del 90. Buenos Aires: Eudeba; Romero, L. A. (1969) “El surgimiento y la llegada al poder”, en AAVV, *El Radicalismo*, Buenos Aires: Ediciones CEPE, pp.7-49; Botana, N. (1977) *El Orden Conservador*. Buenos Aires: Sudamericana.

² Rosanvallon, P. (2003) *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: FCE; Palti, E. (2007) *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI, y (2009) *El momento romántico: nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Eudeba.

³ Entre otros, Sabato, H. (2003) *op. cit.*, y (2009) “‘Resistir la imposición’: Revolución, ciudadanía y república en la Argentina de 1880”. *Revista de Indias LXIX*(246): 159-182.

⁴ Sabato, H. (2003) *op. cit.*

⁵ Gayol, S. (2008) *Honor y duelo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.

⁶ Míguez, E. (2011) *Mitre Montonero*. Buenos Aires: Sudamericana.

⁷ Sabato, H. (2008) *Buenos Aires en armas. La Revolución de 1880*. Buenos Aires: Siglo XXI, y (2009) *op. cit.*

Usos políticos del espacio público en la Argentina, 1890 - 1945

una *prédica regeneracionista*, y si bien reapareció el tópico de “resistencia” o “reacción” al despotismo, éste se produjo en el marco de aquella prédica, bajo la percepción generalizada de un gobierno pero también de una sociedad “degenerados” y “corrompidos”.

Este nuevo giro pone de manifiesto las transformaciones producidas al nivel de los lenguajes políticos.⁸ Si para buena parte de la primera mitad del siglo XIX el historicismo romántico se convirtió en la matriz de los lenguajes políticos, desde la segunda mitad del siglo XIX en cambio sus premisas –por un lado, la conformación del sujeto de la voluntad soberana no como resultado de un único acto instituyente, como lo era para el pensamiento pactista ilustrado, sino de un proceso de gestación histórica y, por el otro, que sociedad y poder político respondían a un mismo desenvolvimiento genético- se fueron desestabilizando para de ese modo abrir el horizonte de interrogación a problemáticas que remitían a universos conceptuales extraños a aquél y que terminaron por rearticularse bajo una *matriz positivista*. En esta transición de un tipo de lenguaje a otro se produjeron dos desplazamientos conceptuales fundamentales que –como se verá- repercutieron en el accionar político: en primer lugar, comienza a disolverse la idea de *pueblo* como totalidad social homogénea e indivisible para pasar a ser concebido como un espacio social que se fragmenta en opiniones e intereses específicos y particulares; en segundo lugar, la integración y articulación de estos últimos no están garantizadas por un origen común sino que son resultado de la acción política.

Además, la creciente difusión de las distintas teorías positivistas a partir de los años setenta, en particular de Spencer, con su incorporación al análisis social de los descubrimientos en biología y psicología del siglo XIX (Lamarck, Darwin, Lombroso, entre otros) permitió recifrar la realidad en una clave evolucionista⁹ pero ya no desde el evolucionismo preformista del pensamiento romántico¹⁰ sino desde un *evolucionismo transformista*. Este tipo de pensamiento ha sido asociado erróneamente con una suerte de noción de progreso indefinido e irreversible. Por el contrario, Elías Palti señala que la noción de tiempo que predominó durante buena parte del siglo XIX y XX debe ser entendida antes que como “lineal” e “irreversible” como “lineal” y “direccional”, es decir, un movimiento ascensional progresivo sobre una superficie idealmente homogénea, en la cual nada impide en principio la eventualidad del regreso.¹¹ En este nuevo

⁸ Se toma aquí la definición de Elías Palti, que se diferencia tanto de la vieja historia de las ideas como de la historia de los conceptos. Dicho brevemente, los lenguajes políticos se caracterizan no por agrupar un conjunto de ideas o conceptos sino más bien por ser *un modo característico de producirlos*. En este sentido, los lenguajes son siempre *indeterminados semánticamente*; los supuestos fundamentales que organizan un lenguaje no se encuentran nunca articulados dentro del mismo y por eso mismo no pueden descubrirse al nivel de los contenidos manifiestos de los discursos; suponen un principio de *irreversibilidad temporal*; no son entidades autocontenidas y lógicamente integradas sino sólo histórica y precariamente articuladas, cuya *temporalidad es inherente* y no una dimensión externa a éstas. Palti, E. (2007) *op. cit.*, y (2009) *op. cit.*

⁹ Cfr. entre otros, Monserrat, M. (1980) “La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso”, en Ferrari, G. y Gallo, E., *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 785-818; Terán, O. (1987) *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur y (2000) *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires: FCE; Mayo, C. y García Molina, F. (1988) “El positivismo en la política argentina (1880-1906)”, en *Conflictos y procesos de la historia argentina contemporánea* 19. Buenos Aires: CEAL; Zimmermann, E. (1995) *Los liberales reformistas. La cuestión social en la argentina, 1890-1916*. Buenos Aires: San Andrés - Sudamericana; Nouzeilles, G. (2000) *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora; Altamirano, C. (2004) “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”, en Neiburg, F. y Plotkin, M. *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós, pp. 31-65.

¹⁰ Según estas teorías, los organismos (tanto físicos como sociales) se caracterizan por tener un principio generativo interno en el cual se encuentran contenidas todas sus capacidades potenciales de desenvolvimiento. Cfr. Palti, E. (2001) *Aporías: Tiempo, Modernidad, Historia, Sujeto, Nación, Ley*. Buenos Aires: Alianza; (2004) “Koselleck y la idea de Sattelzeit. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, en *Ayer* 53: 63-74; y (2009) *op. cit.*

¹¹ Palti, E. (2001) y (2004) *op. cit.*

contexto de saberes, entonces, los diversos órganos o elementos constitutivos -y sus respectivas funciones- de un mismo organismo (físico o social) podían sufrir evoluciones dispares. Como decía Mansilla por esos años: “De manera que hay transformismo y evolución, ascendente y descendente; progreso y decadencia”.¹²

En efecto, buena parte de la crítica al gobierno del Partido Autonomista Nacional (PAN) reposó sobre una visión decadentista acerca de diversos aspectos de la actualidad, en oposición al discurso “situacionista” que se caracterizó por su optimismo. Tanto la consolidación del *imperium* del Estado Nacional como el creciente bienestar económico daban sustento al optimismo reinante. Sin embargo, esta situación dio un giro radical cuando hacia fines de aquella década de 1880 comenzaron a producirse los primeros signos de la que sería una de las peores crisis económicas de la historia argentina.¹³ Fue recién en aquella particular coyuntura crítica cuando opositores al PAN lograron desestabilizar seriamente su hegemonía. Ello fue producto de la Revolución pero también de una serie de movilizaciones y actos políticos que lejos estuvieron de tomar un cariz violento.

La transformación de los hábitos

Los representantes del PAN opinaban además que la política, y con ella los partidos políticos, debían pasar a un segundo plano. Se pretendía que los hombres se entregaran sólo y exclusivamente al comercio y la industria para de ese modo reprimir las malas pasiones que traía aparejada la política tal como, según ellos, se la practicaba hasta 1880. De esa manera, el desarrollo material derivaría en un progreso moral, en una purificación de las costumbres y de los hábitos que evitaría, entre otras cosas, la tendencia a las revoluciones y por ende al desorden y la anarquía.¹⁴ Sin embargo, el juicio de los opositores era otro. Hacia finales de la década, éstos no dudaban de que el innegable desarrollo material había modificado las costumbres y los hábitos, pero en su consideración el resultado no era beneficioso puesto que se había operado una “revolución moral” que habría logrado sustituir el “espíritu político” por un “espíritu mercantil”.¹⁵ Fue entonces a partir de esta última perspectiva que distintos sectores de la oposición emprendieron una “campaña regeneradora”¹⁶ de la política pero a partir de una previa e imprescindible regeneración moral de la sociedad. A pesar de las reiteradas

¹² Tomado de Monserrat, M., *op. cit.*, p. 802.

¹³ Ford, A. G. (1975) “La Argentina y la crisis de Baring de 1890”, en Giménez Zapiola, M., *El régimen oligárquico*. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 116-141; Cortés Conde, R (1989) *Dinero, deuda y crisis. Evolución fiscal y monetaria en la Argentina (1862-1890)*. Buenos Aires: Sudamericana; Gerchunoff, P., Rocchi, F. y Rossi, G. (2008) *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas 1870-1905*. Buenos Aires: Edhasa.

¹⁴ Alonso, P. (1997) “‘En la primavera de la historia’. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 15: 35-70, y (2004) “La Tribuna Nacional y Sud-América: tensiones ideológicas en la construcción de la ‘Argentina moderna’ en la década de 1880”, en Alonso, P. *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires: FCE, pp. 203-241.

¹⁵ “la propiedad subió de valor, la inmigración aumentó, los capitales europeos buscaron colocación en las industrias del país y se produjo esa fiebre por los negocios, que de la noche a la mañana convertía en poderosos a los que poco ó nada tenían la víspera [...] Ese espectáculo del progreso material del país, acabó por obrar la revolución moral que se tradujo en el cambio del espíritu público, que había sido político durante setenta años, por el espíritu mercantil”, en “Antecedentes de la situación”, en *La Prensa*, 26/1/1889.

¹⁶ Landenberger, J. y Conte, F. (1890) *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*. Buenos Aires: s/e., p. XXI.

Usos políticos del espacio público en la Argentina, 1890 - 1945

críticas al “positivismo dominante”,¹⁷ lo cierto es que aquella “campana” se desarrolló principalmente a partir de premisas y lenguajes de matriz positivista y tuvo como objetivo retransformar los hábitos de los ciudadanos para así regenerar la República. Como escribió Francisco Ramos Mejía en una publicación de la Unión Cívica (UC): “El espíritu humano es esencialmente *evolutivo* en su desarrollo, y por esto todo fenómeno social empieza en una forma vaga, indefinida, *casí personal*, que a través de múltiples y sucesivas *transformaciones*, llega á convertirse en un sentimiento social, nacional ó humanitario.”¹⁸

En otro trabajo¹⁹ se mostró que la UC no constituyó una “cortina de humo” para organizar el levantamiento armado de julio de 1890.²⁰ La Revolución fue producto de una conspiración cuya organización, a pesar de los rumores que circularon, había sido un secreto celosamente guardado por un número muy reducido de personas. De hecho, en cierta medida este tipo de accionar entraba en tensión con el objetivo y el pensamiento inicial de buena parte de los actores movilizados en contra del gobierno nacional. Tal como lo confirman las palabras de Francisco Barroetaveña, presidente de la Unión Cívica de la Juventud, durante el mitin del 10 de agosto de 1890, “La Unión Cívica se organizó para la paz. Creía reformar los vicios del Gobierno por la *acción lenta* del comicio libertado gradualmente, de la prensa y del meeting.”²¹ Si bien estas palabras parecen indicar un plan orquestado por la UC, la realidad es que ésta agrupó en torno suyo una serie de manifestaciones que tenían existencia previa a su fundación pero que de todos modos compartían esa misma idea en cuanto a cómo proceder. No obstante, hay que señalar que a pesar del desarrollo de un discurso a contra imagen de aquél formulado por los representantes del PAN, los opositores partieron de supuestos similares. Estos son, por un lado, la idea de que el medio social influye sobre las personas y sus hábitos, y que éstos a su vez influyen sobre el medio social; en segundo lugar (y en estrecha relación con el primero), la idea de la capacidad de las personas para sentir emociones simpáticas y adaptarlas a uno mismo; por último, la adopción a la praxis social de la teoría Lamarckiana sobre la herencia de los caracteres adquiridos por la cual “el empleo frecuente y sostenido de un órgano cualquiera fortifica poco a poco este órgano, lo desarrolla y lo engrandece; mientras que la falta constante del uso del mismo órgano, lo debilita insensiblemente, y concluye por hacerlo desaparecer.”²² En síntesis, al igual que los miembros del PAN, la oposición también se propuso llevar a cabo una política destinada a *transformar los hábitos* de la ciudadanía, pero con la diferencia de que estos últimos buscaron movilizarlos políticamente.

En consecuencia, para emprender la regeneración lo primero que había que hacer era generar una nueva “atmósfera” en respuesta a una época “en la que el individuo se ha olvidado de la cosa pública y no piensa sino en sus negocios particulares.”²³ Eso implicaba lisa y llanamente hacer “propaganda”, hacer uso de la palabra, pues su importancia residía en el hecho de que llevaba

¹⁷ En realidad, tal como sostenía Ángel Gallardo en una conferencia, generalmente no estaban en contra del positivismo sino de una “falsa interpretación de las ideas filosóficas modernas” o, dicho de otra manera, del “positivismo anti-científico”. Ver Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, p. 141.

¹⁸ *Ibid.*, p. VI. Subrayado mío.

¹⁹ Hirsch, L. (2009) *La construcción de una oposición al gobierno de Juárez Celman (1889-1890): actores, discursos y prácticas políticas*. Tesis de Licenciatura: Universidad de Buenos Aires.

²⁰ Alonso, P. (2000) *op. cit.*

²¹ Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, p. 311. Subrayado mío. Asimismo, durante la conferencia que celebraba el primer aniversario de la UCJ, Barroetaveña nuevamente insistió en que “nunca pensamos que el vanidoso jefe del unicato cayera en un plazo tan breve, y de la manera que ha caído” (*Ibid.*, pp. 379-380).

²² Estas ideas se pueden ver más sistematizadas en Rojo, C. (1892) *El Noventa (sociología Argentina)*. Buenos Aires: Imp. Coni é Hijos.

²³ “El gobierno propio”, en *La Prensa*, 8/12/1888.

implícita, como han señalado otros autores, “cierta idea de la *representación*, ligada a la teatralidad y a la productividad del lenguaje considerado en su dimensión performativa”,²⁴ es decir en la capacidad del lenguaje para *crear* una nueva realidad pero también de generar “emociones simpáticas”. En una conferencia dictada por la UC, el periodista Pedro Varangot reflexionaba acerca de esta función del lenguaje, aunque con el foco puesto en la oratoria: “Entiendo que la oratoria es la palabra viva y ágil, la impresión caliente y palpitante que el orador recoge y traduce del auditorio [...] [A través de la oratoria se identifican] en una pulsación unísona la fibra del que habla y del que escucha.”²⁵ En aquel contexto la palabra era importante además porque *(re)fundaba el (re)nacimiento de la política y la vida pública*. A los ojos de la oposición porteña, el bullicio del mercado o de la bolsa y el silencio de la vida pública constituían síntomas principales dentro del diagnóstico general de una República “muerta”, “degenerada” o “corrompida”. En el mismo discurso, Varangot explicaba las razones a las que obedecía su falta de experiencia para hablar en público: “porque en los tiempos que han corrido, á no ser rematador, nadie ha podido practicar el arte de comunicarse con la multitud; porque, digámoslo de una vez, formo parte de una generación silenciosa é inerte, sin vida pública, sin *meetings*, sin tribuna, sin esa actividad democrática, que si no infunde la elocuencia al que como yo no la ha recibido en dote, da por lo menos el hábito oratorio.” De ese modo, porque de la palabra dependía la existencia de la República, “tomar la palabra” implicaba un deber, uno entre tantos que se *exigía(n)* de un ciudadano y así lo entendía y dejaba expreso en una conferencia el por entonces joven estudiante universitario Ángel Gallardo: “No me habría atrevido á tomar la palabra en esta reunión si no creyese que las presentes circunstancias imponen á todos los hombres de buena voluntad, la obligación ineludible de prestar su concurso.”²⁶

Sin embargo, la palabra escrita fue la primera en emprender la campaña regeneradora. Efectivamente, la oposición porteña a Juárez Celman comenzó a cobrar forma a partir de la prédica de distintos periódicos como *La Prensa*, *La Nación*, *El Nacional*, *El Diario* y *La Unión*. Para ello se emplearon básicamente dos estrategias. Por un lado, estaban los periódicos como *La Prensa*, que al mismo tiempo que descalificaban al gobierno también reprendían a los ciudadanos por su apatía cívica,²⁷ mientras que, por otro lado, estaba la estrategia empleada principalmente por *La Nación*, que responsabilizaba de todos los males al gobierno aunque sin dejar por ello de insistir en la necesidad de que los ciudadanos cumplieran con sus deberes cívicos y obligaciones para con la patria.²⁸ A pesar de las diferentes estrategias y opiniones acerca de la fuente originaria de la corrupción social, en ambos casos se creía que las “fuerzas que regeneran” no podían encontrarse sino en el seno de la sociedad, aunque al mismo tiempo era imprescindible que los ciudadanos abandonasen previamente su “indiferentismo”: el objetivo a corto plazo era la próxima inscripción en el Registro Cívico, que tendría lugar durante los últimos meses de 1889.

Se produjeron entonces diversos tipos de movilizaciones y actos políticos. Algunos de carácter más bien exclusivo y en espacios cerrados, otros en espacios abiertos y en ocasiones con público más amplio y diverso. Los primeros “movimientos de opinión” que se

²⁴ Palti, E. (1998) “El lugar de la retórica en la historia intelectual del siglo XIX. Comentario a ‘Historia intelectual: algunos problemas metodológicos’ de José Murilo de Carvalho”. *Prismas. Revista de Historia Intelectual* 2: 169-174.

²⁵ Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, p. 381. O como diría otro contemporáneo: “El secreto de la oratoria, en el fondo, no es otra cosa que el don de poder desarrollar en los oyentes los estados de ánimo del orador”, en Rojo, C., *op. cit.*, p. 296.

²⁶ Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, p. 140.

²⁷ Cfr. “Vida republicana”, en *La Prensa*, 8/2/1888, y “Los que miran la situación”, en *La Prensa*, 11/1/1889.

²⁸ Cfr. “Temas de la semana”, en *La Nación*, 28/4/1889.

registran son las tertulias políticas llevadas a cabo en casa de “caballeros de espectabilidad política” o en el Café de París. Se trataba de un espacio cerrado, en el cual para formar parte había que recibir una invitación y no cualquiera la conseguía (únicamente algunos “prohombres”).²⁹ Gracias al testimonio de Barroetaveña se sabe que en aquellas reuniones “se hablaba de política, ó mejor dicho, se hacía crítica política de los acontecimientos ocurridos en la semana, del estado general del país, de los abusos gubernativos y de los destinos de la República, bajo un gobierno tan opresor como sensual.”³⁰ Sin embargo, los reunía allí el objetivo de “cambiar ideas sobre los medios de *levantar el espíritu público*”,³¹ lo que sugiere que sus integrantes aceptaban la idea de un “pueblo” alejado de la vida pública, tal como se sostenía frecuentemente desde los periódicos. En aquellas reuniones se conversaba sobre temas políticos del día, pero también “Se ilustraban muchos otros temas de historia, literatura, bellas artes, etc.”.³² Lo que puede resultar extraño hoy en día como temas de conversación en el contexto de una reunión política no lo era para aquellos tiempos, puesto que la historia, la literatura y las bellas artes constituían prismas para leer una realidad que se decodificaba en una clave estético-moral que encerraba las acciones (y las palabras) entre lo bello y moralmente bueno y lo feo y moralmente malo.³³ Por consiguiente, es probable que al discutir acerca de aquellos temas que no versaban directamente sobre asuntos del día muchos de estos “caballeros” hayan querido validar su reputación. Al fin y al cabo, aquellas temáticas dejaban entrever una conducta moral que se suponía opuesta a los intereses materialistas o mercantilistas, considerados como sentimientos corruptores.³⁴

Los banquetes constituyeron otro de los espacios cerrados que se desarrollaron durante esos días. Unos años más tarde Bernardo de Irigoyen describió este tipo de reuniones de la siguiente manera: “Los banquetes son, en esta época, el medio preferido para generalizar las ideas, los hechos y los principios que consolidan las libertades públicas e impulsan el desenvolvimiento de las naciones, y los hombres influyentes en las agrupaciones democráticas explican y sostienen allí los programas a que se consagran sus luces y sus afanes”.³⁵ Los banquetes solían ser entonces uno de los medios privilegiados de socialización de ideas, cara a cara, que empleaban por aquellos tiempos los “hombres influyentes” y quienes pretendían serlo en un futuro cercano. Por lo general, este tipo de encuentros requerían invitación para poder asistir, presuponían una igualdad de *status* entre sus integrantes, se llevaban a cabo en alguna confitería o salón de moda pero con prestigio social y tenían como excusa rendir honores a alguna personalidad reconocida en el espacio público. Tal fue el caso del banquete en la Maison Georges Mercier organizado en honor a Bonifacio Lastra, previo a la fundación de la UCJ, al cual asistieron más de ciento cincuenta personajes de reputación pública (jurisconsultos, abogados, periodistas, etc.).³⁶ Al momento de

²⁹ Así solía llamarse a los líderes políticos como Mitre, Del Valle, Alem, Estrada, Goyena, Irigoyen.

³⁰ Landenberger, J. y Conte, F. *op. cit.*, p. XX.

³¹ “Síntomas de reacción”, en *La Nación*, 25/4/1889. Énfasis mío.

³² Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, p. XX.

³³ Varios trabajos muestran cómo hacia fines de siglo XIX el arte estaba teñido de concepciones morales o civilizatorias. En opinión de muchas personalidades, el propósito del arte consistía en su pedagogía moral al ofrecer modelos ideales de belleza que pudieran traducirse con facilidad en modelos de conducta. De este modo, el arte y la belleza no eran considerados un “lujo” sino un elemento fundamental de la cultura civilizada. Incluso en el caso de las novelas naturalistas que no ofrecían modelos ideales de moralidad y belleza tampoco se dudaba de su función moralizadora. Cfr. Nouzeilles, G., *op. cit.*; Espósito, F. (2006) *La Emergencia de la novela en la Argentina (1880-1890)*. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata; Malosetti Costa, L. (2007) *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE.

³⁴ “Bellas artes”, en *La Prensa*, 28/3/1888).

³⁵ Tomado de Ferrari, G. (1980) “La presidencia de Juárez Celman”, en Ferrari, G. y Gallo, E., *op. cit.*, Sudamericana, p. 191.

³⁶ “Banquete al Dr. Lastra”, en *La Nación*, 23/6/1889, y *La Prensa*, 23/6/1889.

rendir el homenaje y con la enumeración de los “patrióticos servicios prestados al país” -que lo convertían en un “modelo de ciudadano altivo y de nobles sentimientos”-, se hizo de la persona agasajada la “fotografía moral” que se procuraba para el resto de la ciudadanía. Además se pronunciaron varios discursos que respondían a la necesidad planteada anteriormente en la prensa respecto al “restablecimiento de la lucha cívica” y en uno de ellos, aprovechando que el homenajeado se iba de viaje a los Estados Unidos, se le pidió que “estudiara en qué consiste que sea posible allí que un partido de oposición pueda desalojar de sus posiciones al partido del poder, y que cuando haya obtenido ese secreto, regrese a la patria para aprovecharlo en bien de las instituciones, que algún día han de imperar en el país”.

La oposición no se limitaba a los hombres “selectos” e “influyentes” por su experiencia pasada en la vida pública. Mayor repercusión social tuvieron una serie de manifestaciones protagonizadas por “la juventud”, colectivo de identificación que sirvió para reconocer tanto a estudiantes universitarios y del Colegio Nacional como a otros sectores de la población porteña cercanos a los primeros por edad pero también por círculos de sociabilidad en común, en particular el Club Gimnasia y Esgrima. Ciertamente, los estudiantes comenzaron a organizarse³⁷ y aprovecharon diversas circunstancias (por ejemplo, con motivo del cumpleaños de Mitre³⁸ o de una discusión en el Congreso entre Pedro Goyena y un diputado juarista³⁹) para movilizarse “en corporación”, tanto en las calles como al interior de la institución universitaria, y así censurar “enérgicamente a los malos funcionarios públicos que persiguen la prosperidad de sus intereses más que los de la Patria”. En esos casos la protesta estuvo dirigida a contraponer la figura de los funcionarios del gobierno frente a un modelo de ciudadano opuesto (Mitre o Goyena), caracterizado por estar entregado a la cosa pública y por resignar sus intereses personales.

Con todo, los jóvenes también se movilaron para combatir el “materialismo” que había devenido en el “indiferentismo” y en la “corrupción” generalizada a todo el pueblo. Con ese propósito, el Club Gimnasia y Esgrima organizó para el 9 de julio de 1889 una procesión cívica destinada a rendirle honores al General Frías, último sobreviviente de los años de guerra por la independencia. Sus organizadores estaban convencidos de que dicha procesión, en su carácter de “protesta indirecta con el bizantismo reinante” y “el espíritu del mercantilismo político”, contribuiría a “preparar el espíritu público para la gran campaña regeneradora” al recordarle al pueblo “que sobre las miserias de la época y de los gobernantes endiosados por la adulación, debíamos reverenciar á los próceres de la independencia, modelos de virtud, abnegación y desinterés”.⁴⁰ La lectura de los periódicos opositores estuvo igualmente dirigida en esta clave regeneradora de los hábitos. *La Prensa* sostuvo que “En ningunos momentos es más benéfica la iniciativa del Club Gimnasia y Esgrima que en los actuales. Todos los partidos quieren acabar con el indiferentismo que se ha apoderado de las masas sociales, en

³⁷ Por aquellos días se creó la sociedad literaria de nombre Centro de Estudiantes. Allí se dictaron conferencias literarias e históricas y a partir de julio de 1889 sus principales miembros además fundaron y redactaron un semanario llamado *Juventud*, cuyo primer número reseñaba todos los “atropellos” cometidos por “las furias del gran P.A.N”, para finalizar por presentarse como “la juventud estudiosa” que “respondía” al “llamado de las causas justas”. Cfr. “Sociedad literaria”, en *La Prensa*, 22/5/1889; “En el Centro de Estudiantes”, en *La Prensa*, 29/8/1889 y “La Juventud en acción”, en *La Nación*, 28/7/1889.

³⁸ “General Bartolomé Mitre”, en *La Prensa*, 27/6/1889.

³⁹ “El Dr. Goyena y sus discípulos”, en *La Nación*, 18/7/1889; “La manifestacion al Dr. Goyena”, en *La Unión*, 17/7/1889; “Album para el Dr. D. Pedro Goyena”, en *La Unión*, 21/7/1889.

⁴⁰ Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, pp. XX-XXI. Énfasis mío y original.

cuanto concierne á ejercer los derechos cívicos del ciudadano”⁴¹ y que “Ha bastado que una asociación bien conceptuada [...] invite al pueblo á honrar con el calor del alma el aniversario de la Independencia argentina, para que el patriotismo renazca con sus caracteres ingénitos”.⁴²

Pronto nació la idea de formar un partido político con el nombre Unión Cívica de la Juventud (UCJ). Para celebrar su fundación, estos “jóvenes” decidieron convocar a un mitin en el teatro Jardín Florida, al cual concurren aproximadamente tres mil personas.⁴³ A diferencia de los mítines que convocaban “al Pueblo”, en este caso la invitación se dirigió a “la juventud independiente de las autoridades constituidas”, aunque los oradores –salvo Barroetaveña, Damián Torino y Manuel Montes de Oca-⁴⁴ fueron en su mayoría “prohombres”: Aristóbulo del Valle, Leandro Alem, Vicente Fidel López, entre otros. Estos personajes no estuvieron detrás de la idea y la organización del *meeting*. Más bien fueron invitados a dar discursos por su *ethos* de patriotas de alta moralidad y dedicación a la vida pública, ya que se suponía que ello garantizaría el significado que se le pretendía dar al evento: “La oratoria estuvo á la altura del momento por su calidad intrínseca, por *el carácter elevado que no podían dejar de imprimirle sus distinguidos intérpretes*”. Los oradores, los discursos y también la decoración –en particular los bustos de Rivadavia y de San Martín- operaron en pos de aquella escenografía discursiva, como sugería Barroetaveña: “Yo invito á la juventud independiente, que ha concurrido solícita á esta hermosa asamblea, á ponerse de pie en honor de Rivadavia y de San Martín, cuyos bustos adornan el recinto [...] como un merecido tributo á esos dos modelos de probidad administrativa, de energía y de moralidad política.” Por otro lado, si bien se hizo clara alusión a la arbitrariedad del gobierno, en ningún momento la prédica tuvo connotaciones violentas que insinuaran la necesidad de derrocarlo por las armas. Los discursos estuvieron dirigidos a fortalecer el “espíritu cívico” y a estimular la práctica del *self-government* o gobierno propio, lo que implicaba “la participación y concurso activo de los ciudadanos en todos los negocios públicos y comunes”. Se buscaba así la asistencia a los comicios pero también a un conjunto más amplio de actividades que estrecharían el vínculo entre la ciudadanía y la cosa pública: “Seguirá la organización de ligas patrióticas, de sociedades de gimnasia y de tiro; la fundación de periódicos; la celebración de conferencias públicas destinadas á retemplar el espíritu cívico adormecido en la sociedad; la organización de grandes fiestas públicas nacionales”. Por su parte, la lectura de la prensa también subrayó el aspecto reflexivo de la manifestación, la “serenidad de los espíritus” (o “la palabra tranquila”) de los oradores y, por lo tanto, la importancia de rescatar “la lección” que se desprendía del acto.

Después del mitin, la UCJ emprendió la tarea de instalar comités parroquiales con miras a la inscripción en el Registro Cívico. Por lo general las ceremonias de instalación tuvieron lugar en los salones de alguna asociación civil o en un teatro, con una concurrencia que solía rondar las quinientas personas.⁴⁵ A pesar de su menor dimensión en comparación con un mitin, estas ceremonias conservaron sus características litúrgicas más importantes: el himno nacional, la decoración patriótica (banderas y escudos nacionales, bustos o retratos de alguna personalidad), así como también se implementaron una tribuna y un programa preestablecido de oradores. Pero mientras que en el mitin del Jardín Florida los discursos estuvieron a cargo de los “prohombres”, en estos espacios se produjo una mayor

⁴¹ “Un instante de patriotismo”, en *La Prensa*, 7/7/1889.

⁴² “El gran aniversario”, en *La Prensa*, 9/7/1889.

⁴³ Para analizar este *mitin* empleamos los artículos periodísticos y discursos reproducidos en Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, pp. 6-48.

⁴⁴ Por entonces tenían 33, 26 y 22 años respectivamente.

⁴⁵ La reseña de las ceremonias de instalación de los comités y sus discursos se encuentran también en *Ibid.*, pp. 49-72.

Usos políticos del espacio público en la Argentina, 1890 - 1945

apertura de oradores, entre los que se encontraban tanto hombres de prestigio público como varios estudiantes o jóvenes profesionales. En aquellas circunstancias los discursos cobraron un tono combativo, pero el principal enemigo no era el gobierno sino la “indiferencia”. Ésta era “imperdonable” y “sinónimo de traición”; había que “inscribirse como soldado de la democracia” y luchar contra “la cobardía cívica”. Porque como “enseñanza de la psicología y hasta de la fisiología”, “El brazo que no se ejercita pierde la elasticidad y fuerza de sus músculos, como se atrofia el cerebro que no piensa; como ellos las franquicias y derechos políticos que no se ejercitan y defienden caen en el olvido y desaparecen” y como “todas las fuerzas de la naturaleza: la inacción las debilita, mata; el ejercicio las aumenta y vigoriza”.

A pesar de la arenga contra la indiferencia y de la numerosa concurrencia en las manifestaciones públicas, la inscripción en el Registro Cívico resultó ser un fracaso para la UCJ. Los cívicos no se engañaban, los ciudadanos parecían tener otras preocupaciones e intereses. Así lo reveló una circular destinada a “los electores de la Capital” que la UCJ publicó en los periódicos con el objetivo de estimular una vez más la concurrencia a los atrios y por medio de la cual se reprendía a la sociedad por dirigirse al hipódromo, a los paseos públicos o al juego de pelota en lugar de haberse inscripto para poder votar.⁴⁶ Además allí se sostenía que si se presentaban al registro en grupos de varias personas, el “oficialismo” no sería capaz de obstaculizarles el ejercicio de su derecho.

Para resolver este problema, la UC organizó una serie de conferencias en los teatros Onrubia y Jardín Florida.⁴⁷ Estos actos tuvieron la peculiaridad de contar a las mujeres como destinatario principal. En los mitines también se podía encontrar público femenino, pero si los oradores no se dirigían “Al pueblo” interpelaban únicamente a los varones.⁴⁸ En aquellas conferencias, en cambio, se interpeló tanto a las “Señoras” como a los “Señores”. Los cívicos estaban convencidos de que la “gran obra que se impuso la Unión Cívica” consistía en la “regeneración moral” y que por medio de aquellas conferencias se “alcanzaba” a la mujer, “cuya influencia es y ha sido decisiva en las grandes transformaciones del espíritu de los pueblos”. Una vez más, los oradores -principalmente periodistas, poetas y estudiantes universitarios- explicaron al auditorio que “nuestro organismo social ha atravesado y atraviesa por una especie de estado patológico cuyos gérmenes morbosos se han esparcido desgraciadamente en una gran parte de sus miembros”. Aquella “enfermedad contagiosa” consistía en que “ser ricos sin trabajar ha parecido á muchos una pretensión justa y natural” y si bien el gobierno era responsable de ello porque “lejos de esforzarse en desviar las malas tendencias, las ha provocado, las ha desarrollado, las ha protegido, dando él mismo el mal ejemplo”, entre tanto “el pueblo” se había distraído con “las facilidades económicas aparentes ó por lo menos pasajeras”. Este último se había olvidado del “ejercicio de sus derechos y del cumplimiento de sus deberes políticos y como consecuencia necesaria de ese olvido llegó á encontrarse, andando el tiempo, en la situación en que ahora se halla; muy mal bajo el punto de vista económico, y bajo el punto de vista político, peor.” El propósito de las conferencias, en síntesis, fue instruir a la “mujer argentina” para que desde el hogar colaborara en la transformación de los hábitos y alentara a los varones a retomar los deberes cívicos: “La madre que presencie estas conferencias que levantan la moral del ciudadano, sabrá inculcar en el ánimo de sus hijos austeras lecciones de libertad, de moral política y de decoro cívico, formando así desde la niñez el corazón y el carácter de un hijo de la república.”

⁴⁶ “A los electores de la Capital”, en *La Prensa*, 16/11/1889.

⁴⁷ La reseña y los discursos de las tres conferencias se pueden ver en Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, pp. 105-150.

⁴⁸ Sabato, H. (1998) *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana.

De la Regeneración a la Revolución

El 18 de julio de 1890 las autoridades nacionales detuvieron al General Campos, sospechado (con razón) de estar al frente de una conspiración contra el gobierno. Frente a esta situación de pública repercusión y a los crecientes rumores de una cercana revolución, *La Prensa* se apresuró a decir que ésta no podía ser considerada bajo ningún punto de vista “una solución en nuestro orden político”, ya que sus “consecuencias deplorables” no podían sino “retardar la evolución necesaria hacia la libertad y hacia el régimen de las instituciones a que aspiran los pueblos”. En cambio, el periódico sostuvo la necesidad de seguir una *vía conciliadora* que permitiese “ensanchar la esfera política” y “dar campo a la acción y a la influencia de los ciudadanos de la oposición”.⁴⁹

Ciertamente, buena parte de la crítica opositora pensaba que para regenerar la política era imprescindible ampliar el número de “voces” tanto en el gobierno como en el Congreso. Se trataba, en definitiva, del ideal de *unanimidad* puesto en cuestión o al menos resignificado. La política estaba dejando de ser concebida como aquella instancia que expresaba naturalmente una totalidad social homogénea e indivisible. Por el contrario, el terreno de la política debía ser el lugar a partir del cual las distintas opiniones en que aquella totalidad se encontraba fragmentada se integraran. Por eso mismo, Augusto Belín Sarmiento, uno de los fundadores de la UC de la Plata, sostuvo durante un mitin que desde 1880 en adelante la Argentina vivía bajo un régimen representativo en lo normativo pero no en la práctica: “en él [en el Gobierno] no están representadas todas las opiniones, no digo todas, no está representada sino una sola, la del jefe del partido imperante”, mientras que en el Congreso “de diez años a esta parte no se ha rechazado un solo proyecto del Poder Ejecutivo, y las pocas voces elocuentes que se hacían oír en vano ante las inmovibles mayorías, van desapareciendo de la escena hasta no quedar más que las mudas e incondicionales unanimidades”. En consecuencia, no se tenía en cuenta “el parecer de todas las tendencias y de todos los partidos en que se divide la opinión”.⁵⁰

Pero lo que parecía ser una crítica dirigida únicamente al PAN y en particular al Presidente, en realidad era una crítica general a la sociedad sobre las formas de acción política. En el mismo mitin, Belín Sarmiento dijo también que cualquiera fuera el presidente, “con sus cualidades ó sus defectos”, tenía que estar “sometido al control permanente de la opinión”. Allí estaba implícita una nueva valoración del rol y de la función de los partidos políticos, considerados hasta entonces generalmente como “facciones” y por lo tanto como agentes antisociales.⁵¹ Sin embargo, esta nueva conceptualización no conllevaba una reivindicación del pasado político.⁵² Por el contrario, varias voces insistían en que “El pasado es un cadáver atravesado en medio del camino, que obstruye la marcha del progreso social. Saltemos sobre él.”⁵³ Según *La Prensa*, el PAN había logrado apoderarse del mecanismo electoral pero la ausencia de partidos, el “indiferentismo”, el “estado enfermizo de la sociedad” y la “incompleta enseñanza democrática” eran resultado no sólo del partido

⁴⁹ “Movimiento político – Espectativa”, en *La Prensa*, 19/7/1890.

⁵⁰ Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, p. 161.

⁵¹ Palti, E. (2007) *op. cit.*

⁵² Tal como lo ha señalado Alonso en sus trabajos citados anteriormente.

⁵³ “El gobierno propio”, en *La Prensa*, 8/12/1888.

dominante sino de “los abusos que *todos los partidos* han hecho del sufragio, empleando medios reprobados para falsearle, violentarle ó corromperle.”⁵⁴

La intensa competencia electoral de tiempos pasados fue entonces perdiendo sus laureles. Más bien el pasado comenzaba a ser percibido, incluso por sectores amplios de la oposición, como una época de “lucha” pero en un sentido negativo, pues aquella lucha se circunscribía únicamente al periodo electoral y por lo tanto una vez finalizados los comicios, en lugar de conservar su organización, su prensa y sus asociaciones de propaganda, los partidos se disolvían hasta la siguiente elección, con lo cual se había acostumbrado al pueblo a “no interesarse por la cosa pública sino en las épocas de elegir algún Gefe de Estado ó de Provincia”. Si era costumbre que lo único que quedara de los partidos luego de cada elección fueran sus “personalismos” (sus jefes) como consecuencia de que sus “multitudes se disolvían”, hacia 1890 distintos sectores de la oposición comprendieron en cambio que era momento de crear partidos que verdaderamente “unieran” aquellas “multitudes”. Así fue que los “jóvenes” de la UCJ consideraron que había que “crear algo nuevo” en política, un *partido permanente* que se formara en torno a un “credo político de principios” y no en torno de algunas personalidades.⁵⁵ La labor de los partidos políticos no debía entonces limitarse a lo que duraran los comicios: por el contrario, el partido político debía cumplir con otras funciones además de la específicamente electoral; debía constituirse en un espacio para que los ciudadanos desarrollaran los hábitos del gobierno propio y que al mismo tiempo mantuviera bajo control las tendencias antisociales, lo que suponía un trabajo diario y continuo.

En el marco de aquella transformación de los lenguajes políticos, las revoluciones comenzaban a ser concebidas como parte de ese pasado del cual había que separarse radicalmente pero no tanto por ser una práctica deslegitimada en sí misma sino por estar asociada justamente con aquellas otras prácticas que mantenían al pueblo disperso y alejado de la cosa pública. De ese modo, cuando finalmente se produjo la Revolución de 1890 ésta “fue vencida, mas no por falta de municiones, no por falta de patriotismo y abnegación de los que concurrieron a ella, sino porque el pueblo de Buenos Aires [...] no respondió al movimiento”.⁵⁶

Por el contrario, la noticia sobre la renuncia de Juárez Celman produjo “la más grande explosión de entusiasmo popular que me haya sido dado presenciar”,⁵⁷ según el testimonio de Ezequiel Ramos Mejía y de varias otras personas. En efecto, los distintos relatos que describen los días que siguieron a la renuncia presidencial coinciden en destacarlos como un momento único, como el comienzo de una “nueva era”. De hecho, el ambiente festivo fue instantáneo “y el resto de la semana fueron prácticamente feriados”,⁵⁸ con una ciudad de Buenos Aires (al igual que otros puntos del país) que se vio “sitiada” y “paralizada” por numerosas manifestaciones callejeras que se caracterizaron, a diferencia de lo que solía suceder normalmente, por la espontaneidad y la ausencia de un programa preestablecido,

⁵⁴ “Indiferentismo político”, en *La Prensa*, 5/5/1889. Énfasis mío.

⁵⁵ Así lo dejó expreso Barroetaveña: “Desde un principio creíamos que la Unión Cívica de la Juventud estaba llamada a *crear algo nuevo en nuestra política*, que debía buscar el apoyo de todos los hombres espectables é influyentes, pero *independizándose del pasado*, de los viejos partidos, de sus ódios, rencores y ambiciones; en una palabra, creíamos que había llegado la hora de proclamar un nuevo *credo político de principios* que *uniera* á todos los hombres que no se habían contaminado con la corrupción de la época, y desplegar una nueva bandera, que simbolizara unión, patriotismo, moral y libertad.” (Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, p. XVIII. Énfasis mío).

⁵⁶ Mendía, J. M. “La revolución del 90”, en Etchepareborda, R. (1956) *Leandro Alem. Mensaje y Destino*. Buenos Aires: Raigal, vol. III, p. 252.

⁵⁷ Ramos Mejía, E. (1936) *Mis memorias, 1853-1935*. Buenos Aires: La Facultad, p. 92.

⁵⁸ Balestra, J. (1971) *El noventa. Una evolución política argentina*. Buenos Aires: Luis Fariña, p. 224.

hecho que se tradujo tanto en “una ansia nunca satisfecha de andar y andar, recibiendo impresiones y transmitiéndolas”⁵⁹ como en una “explosión de oradores”: “Un portal, un árbol, un banco de la plaza, un carruaje, un balcón cualquiera, era ocupado como tribuna por los oradores improvisados que arengaban a la multitud.”⁶⁰ Con el correr de los días, aquella espontaneidad inicial, no obstante, dio lugar a manifestaciones que se desarrollaron de manera más “corporativa”, encuadradas en grupos, como por ejemplo lo hicieron los estudiantes universitarios y del Colegio Nacional o miembros de diversos centros sociales.

De todos modos, cualquiera haya sido el grado de organización de aquellas primeras manifestaciones, es interesante señalar que varias de ellas se movilizaron hacia ciertos puntos específicos que *a priori* pueden resultarnos contradictorios pero que en realidad permiten entrever una actitud *conciliatoria*. “A medida que se propagó anoche la noticia de la renuncia del Dr. Juárez Celman, formáronse numerosos grupos que recorrian las calles, comenzando por la de Florida hasta llegar al local de la Union Civica, y luego á la casa del Dr. Pellegrini, quien pronunció un breve discurso manifestando que seguiría una política amplia, liberal y patriótica, de conciliación y olvido de lo pasado”.⁶¹ Incluso una “manifestación hecha [...] al Dr. Pellegrini revistió proporciones poco comunes”. Una agrupación numerosa de personas se encargó de acompañar al nuevo Presidente a lo largo del trayecto desde su domicilio particular hasta la casa de Gobierno y mientras tanto “repetíanse á cada instante las aclamaciones y los vitores al Dr. Pellegrini, al General Roca, á la Unión Cívica, al General Mitre y á los Dres. Alem y Del Valle”. Al arribar a destino, Pellegrini ordenó que se retiraran los guardias y permitió que ingresara la concurrencia. Entusiasmada, *La Prensa* comentaba en clave *higienista* (y no revolucionaria) que “alguien” había comparado aquella movilización con la toma de la Bastilla pero con “la diferencia notable de que aquí no se trataba de destruir ningun simbolo de la tiranía, sino solo de *orear* el edificio, abriendo sus puertas á los aires puros de la libertad.”⁶²

Por otro lado, algunas movilizaciones se limitaron a recorrer puntos vinculados exclusivamente con la oposición y se dirigieron a los locales de la UC y de algunos periódicos (como *La Nación*, *La Prensa*, *El Nacional*, etc.), así como también a los domicilios de figuras como Mitre, Alem, Del Valle, Goyena, entre otros. Estas manifestaciones por lo general dieron vivas únicamente a la UC, a la “prensa independiente” y a la “revolución”.

Asimismo, en el multitudinario mitin en honor a Alem que tuvo lugar en la Plaza de Mayo durante el 10 de agosto, los diferentes discursos comprendieron la Revolución del 26 de julio como una *fatalidad* “decretada” por el mismo gobierno.⁶³ Sin embargo, al mismo tiempo que se congratulaba a la ciudadanía levantada en armas se consideraba el desarme como un hecho feliz. A su vez esos discursos, si bien podían filiarse con una vieja tradición heroica, ya no concebían a la revolución como un levantamiento que buscaba simplemente restaurar las libertades perdidas a manos de un gobierno despótico. La “revolución” se inscribía como “el primer triunfo del movimiento regenerador” contra una corrupción moral que tenía como fuente privilegiada al gobierno inmoral de Juárez Celman, pero que apuntaba también a “perfeccionarnos [al pueblo] de día en día, constituyendo una moral propia en todas las esferas de nuestra vida”.

⁵⁹ Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, p. 263

⁶⁰ Gouchón Cané, E. (1916) *El 90 (novela histórica)*. Buenos Aires: Editorial del Plata, p. 167.

⁶¹ “Renuncia del Presidente Juárez”, en *La Prensa*, 7/8/1890.

⁶² “Día de fiestas”, en *La Prensa*, 8/8/1890. Énfasis mío.

⁶³ Los discursos pueden verse en Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, pp. 295-318.

En ese sentido, durante los meses restantes de 1890 los propios sectores de la oposición insistieron en que la “revolución” constituía una “solución” al “orden político” únicamente porque representaba el primer triunfo de una “evolución” general y “ascendente” previa. De ese modo se hizo necesario hablar de una “revolución orgánica de ideales principistas” que abarcaba los distintos órdenes constitutivos de la sociedad, tal como lo aseveró *El Nacional*: “la revolución que la Unión Cívica ha hecho triunfar en la República no retrocederá ni se desviará [...] irá adelante y constituirá la savia vital de la nacionalidad, porque es de *regeneración social, política y económica*, fundada en el poder incontrastable de las ideas que presiden el *movimiento ascendente* de la vida humana.”⁶⁴ De ese modo, como diría el poeta Joaquín Castellanos durante la conferencia que tuvo lugar en el teatro Politeama con motivo del primer aniversario de la UCJ, la revolución no se agotaba en el accionar armado. Según él, la “revolución” continuaba “por nuevas vías, bajo nuevas formas”. El triunfo de la UC no consistía en la renuncia de Juárez Celman; “Su triunfo” -aseguraba el poeta- “su indisputable y verdadero triunfo es haber provocado el despertamiento del pueblo á la vida cívica, es haberle devuelto su acción como fuerza eficiente en la política, su acción como fuerza controladora del poder, su acción como fuerza impulsiva de la regeneración y del progreso.”⁶⁵

Consideraciones finales

A pesar de la inmediata efervescencia revolucionaria y sentir triunfales, casi con la misma velocidad se abrió camino entre los cívicos una sensación menos reconfortante de *desengaño y desencanto* que se manifestó de diversas maneras. Pocos meses después de la Revolución del Parque, Barroetaveña confesaba en una publicación cívica que “el pueblo” se había alzado contra el gobierno de Juárez Celman “alistándose bajo la bandera reaccionaria de la Unión Cívica, menos por amor á la libertad, que por salvar sus intereses económicos”. Pese a que ello constituía un “hecho triste”, no había que ser tan inexorables ya que “el pueblo” no hacía en definitiva más que obedecer a “las leyes sociológicas de la época: entonces, para muchos argentinos, el estómago había reemplazado a la cabeza, al corazón y á la conciencia; la ignominia y el ejemplo corruptor, venían de lo alto”. Empero, esa afirmación entraba en tensión con la idea de que la “revolución” se había realizado al calor de una regeneración y evolución que ya se habrían puesto en marcha y que a su vez nada ni nadie podría detener su curso. Dicha tensión pronto se haría evidente, por ejemplo, cuando hacia finales de aquel año –y en el marco de un ambiente pacífico- la reapertura del Registro Cívico en la ciudad de Buenos Aires diera nuevas muestras de “indiferentismo”.⁶⁶

Por otro lado, varios cívicos fueron escépticos desde un comienzo respecto del papel regenerador de la revolución. En septiembre de 1890, a tan sólo un mes del levantamiento armado, se organizó en la ciudad de La Plata una Sociedad Patriótica que contó entre sus miembros a hombres de distintas banderas políticas, cívicos inclusive, y cuya misión fue crear, a través de diversas actividades, una “Escuela de ciudadanos”.⁶⁷ En ese sentido, dicha asociación manifestó en su primera circular que una de sus mayores preocupaciones era colaborar en la tarea de erradicar las revoluciones debido a que “ni el regimen democrático representativo debe

⁶⁴ *Ibid.*, p. 375. La misma idea puede verse también en “El pueblo y el gobierno”, en *La Prensa*, 8/8/1890. Énfasis mío.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 393. Énfasis mío.

⁶⁶ “Cifras alarmantes”, en *La Prensa*, 28/12/1890.

⁶⁷ “Sociedad Patriótica”, en *La Prensa*, 4/9/1890.

Usos políticos del espacio público en la Argentina, 1890 - 1945

hacerse efectivo por medio de revoluciones periódicas, ó por una actitud revolucionaria permanente, ni la libertad del pueblo debe depender de las buenas ó malas condiciones personales de los hombres que llegan al gobierno.”⁶⁸

Por último, pronto salieron a la luz las diferentes maneras de comprender la nueva política conciliatoria en el seno mismo de la UC. Probablemente la división de dicha agrupación en Unión Cívica Radical y Unión Cívica Nacional respondiese menos a lealtades políticas con uno u otro líder que a la distinta ponderación acerca de cuál era el modo correcto de lograr un “ensanchamiento” de la política: si con la articulación de intereses diversos mediante un acuerdo para distribuir cargos gubernamentales previo a las elecciones o si a partir de la articulación de opiniones distintas en un marco propiamente parlamentario.

En síntesis, durante el Noventa, antes de que se pusiera en entredicho la legitimidad de un “régimen”, afloraron las tensiones que -ya latentes desde hacía un tiempo- generaban las premisas y supuestos detrás de los modos de concebir la propia práctica política. En consecuencia, los años que siguen a la crisis de 1890 revelarán el esfuerzo por parte de distintos sectores de la comunidad política por encontrar los mecanismos que permitiesen resolver dichas tensiones.

⁶⁸ “Sociedad Patriótica”, en *La Prensa*, 10/9/1890.